

Perspectivas de la diplomacia alemana ante el fin de la dictadura de Franco, de la Revolución de los Claveles al 20 de Noviembre de 1975

Carlos Sanz Díaz
Universidad Complutense de Madrid¹

Introducción

El repudio internacional a la dictadura de Franco tras la ejecución de las últimas condenas a muerte del franquismo en septiembre 1975, y gestos como la retirada temporal de sus embajadores en Madrid por los países miembros de la CEE, han asentado una imagen muy extendida de un régimen aislado internacionalmente durante sus últimos momentos de existencia.² La España de Franco habría terminado sus días como los comenzó o, para ser más exactos, habría regresado en 1975 a una situación similar a la de los días de la Conferencia de Potsdam de 1945 o de su condena por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1946, envuelto en el ostracismo diplomático y el repudio de la comunidad internacional. En los últimos años, sin embargo, el acceso a la documentación histórica depositada fundamentalmente en archivos extranjeros ha llevado a una revisión de esta tesis, al mismo tiempo que se ha ido abriendo paso en la historiografía una revalorización de los factores internacionales a la hora de explicar los últimos años de la dictadura y el proceso de transición a la democracia en España.³ En este sentido consideramos que se está comenzando a consolidar también la tendencia a destacar la íntima conexión entre los procesos de liquidación de las dictaduras en Portugal (1974) y España (1975) y los consiguientes procesos de transición, siguiendo la propuesta pionera de J. Sánchez Cervelló (1995) que retomará E. Lemus con su propuesta analítica sobre las *transiciones ibéricas* (Lemus, 2001 y 2011).⁴ Especialmente si tratamos de comprender las percepciones y las políticas de los distintos actores internacionales –y en especial de los países considerados “centrales” en este proceso: EE.UU., la RFA y Francia- hacia el cambio Portugal y España, una perspectiva que tenga en cuenta los acontecimientos a ambos lados de la frontera hispano-portuguesa y sus interacciones mutuas parece especialmente adecuada.

¹ Esta contribución se incluye en la investigación adscrita a los proyectos I+D HUM 2007-62337/HIST “La transición ibérica: Portugal y España. El interés internacional por la liberación española (1974-77) desde el impacto del 25 de Abril en Portugal” y HAR2009-13630 “Dimensión internacional de la transición española (1973-1982): protagonistas y memoria histórica”.

² Las abreviaturas utilizadas en el presente artículo son las siguientes: AA (Ministerio de Asuntos Exteriores de la RFA; *Auswärtiges Amt*), AAP-BRD (Documentos de la Política Exterior de la RFA; *Akten zur auswärtigen Politik der Bundesrepublik Deutschland*), PA-AA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, *Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes*), SAPMO (Fundación Archivo de los Partidos y Organizaciones de Masas de la RDA, *Stiftung Archiv der Parteien und Massenorganisationen der DDR*), aparte de las habituales como RFA, RDA, doc. (documento), etc. Las denominaciones genéricas de “Alemania” o “alemán” deben entenderse referidas a la República Federal de Alemania.

³ Véase por ejemplo Lemus (2005), Guirao (2007), Sartorius y Sabio (2007), Martín García y Ortiz Heras (2010), Powell (2011) o Muñoz Sánchez (2012). Sobre la dimensión internacional de la transición española remitimos a Powell (1993) y Pereira (2004).

⁴ También adoptan la tesis de la interdependencia de los procesos de transición a ambos lados de la frontera ibérica historiadores como Jiménez (2009) y varios de los contribuyentes al estudio de Lemus, Rosas y Varela (2010).

En este ensayo se trata de adoptar la perspectiva de la República Federal de Alemania, uno de los más destacados interlocutores de España en Europa, para conocer las expectativas de la diplomacia alemana ante el final de la dictadura en España y las medidas con que el gobierno alemán trató de acompañar el proceso español de cambio. Con respecto a la política alemana hacia la transición española, los aspectos que mejor conocemos actualmente se refieren a las relaciones entre el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), formación gobernante por aquellos años en la RFA –en coalición con el Partido Liberal–, y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), gracias fundamentalmente a las investigaciones de Muñoz Sánchez (2012). Mucho menos es lo que sabemos sobre el papel del gobierno alemán, sus relaciones con el gobierno español y la política que adoptó hacia España en los últimos años del franquismo y los primeros de la construcción de la democracia. Si bien hasta cierto punto la política del SPD fue la del gobierno alemán, encabezado por el canciller Helmut Schmidt, no es menos cierto que no cabe identificar sin más partido y gobierno, y que esta última institución articula percepciones, intereses, instrumentos y medios de actuación propios que conviene analizar de forma individualizada. Partiendo de estas premisas, nos preguntamos: ¿cómo afrontó el Ejecutivo de la RFA encabezado por el canciller socialdemócrata Helmut Schmidt su relación con España en el ciclo que sea abre con el 25 de Abril en Portugal y se cierra con la muerte de Franco? ¿Qué escenario preveía la diplomacia alemana para el futuro de una España sin el hombre que había gobernado el país durante 36 años? ¿Qué medidas adoptó para anticipar o tratar de influir el cambio en el país? El análisis de los informes remitidos desde la Embajada alemana en Madrid y los documentos y propuestas de actuación elaborados por el ministerio alemán de Asuntos Exteriores –el *Auswärtiges Amt*–, así como transcripciones de encuentros oficiales mantenidos entre dirigentes de ambos países –y excepcionalmente con otros actores, en especial los EE.UU.– en 1974 y 1975 constituirán el hilo conductor de esta primera aproximación a la materia.

El impacto de la revolución portuguesa sobre unas relaciones estrechas

Al iniciarse la década de los setenta, la República Federal de Alemania era, junto con Francia, el país más relevante para las relaciones internacionales de España en el continente europeo. España y la RFA habían ido construyendo desde finales de la década de los años cincuenta una tupida red de intereses compartidos, cimentados ante todo en intercambios económicos y culturales, coincidencias estratégicas y defensivas, y flujos migratorios de trabajadores españoles instalados en Alemania. La RFA era uno de los países que más sólidamente apoyaban las aspiraciones de la España de Franco a ser admitida en las instituciones europeas y en la OTAN, y las relaciones políticas entre Madrid y Bonn, aunque no exentas de altibajos, se contaban entre las más fluidas con las que podía contar la dictadura franquista en el Viejo Continente (Sanz Díaz, 2005). Con respecto al tipo de régimen vigente en España, los gobiernos socialdemócratas de Willy Brandt (1969-1974) y su sucesor Helmut Schmidt se atuvieron a la política, formulada por los cancilleres democristianos precedentes, consistente en esperar que el progreso socioeconómico del país, unido al ascenso de tendencias reformistas en el seno de la dictadura, se conjugaran para hacer ir haciendo posible una gradual apertura del régimen que, en un proceso evolutivo interno, desembocara en algún tipo de democracia en un futuro indeterminado.⁵ El pragmatismo de esta política, que contrastaba con la aproximación más ideológica de muchos países europeos hacia el régimen de Franco, permitiría a la RFA asegurarse una cómoda posición en la defensa de sus numerosos intereses en España y beneficiarse, como el resto de Europa Occidental, de la estabilidad que la dictadura española, junto con la lusa, garantizaban en el flanco suroccidental del continente.

Partiendo de estas consideraciones, no sorprenderá que en la valoración que Hermann Meyer-Lindenberg, embajador alemán en Madrid, hacía al comenzar 1974 sobre el futuro político de España, lo más destacable fuera la impresión de que a corto plazo imperaría la estabilidad interna del país. La templada reacción frente al asesinato del presidente Carrero Blanco en diciembre de

⁵ Véase por ejemplo el informe de la embajada alemana en Madrid sobre España, 1 de septiembre de 1973, PAAA Zwischenarchiv 101440.

1973 y la normalidad con que días después se había constituido un nuevo gobierno, de perfil técnico, presidido por Carlos Arias Navarro alentaba las esperanzas de un futuro traspaso de poderes sin fricciones de Franco al príncipe Juan Carlos. El régimen más bien parecía reforzado por la firmeza con que había superado esta prueba y con la que encaraba sus problemas más urgentes: la actividad terrorista de ETA, las tensiones nacionalistas en Cataluña, el descontento de los trabajadores y el desencuentro con la Iglesia Católica. Con una oposición interna muy dividida, unas fuerzas ultraconservadoras débiles y una población mayoritariamente apolítica, la dictadura no encaraba amenazas internas reseñables, según el análisis del embajador. Las esperanzas de un desarrollo pacífico para el país se centraban en que don Juan Carlos, una vez recibido el poder de manos de Franco, supiera dirigir un “proceso cauteloso y gradual de relajación de las estructuras políticas”, una “liberalización por evolución” paulatina que aproximara las instituciones españolas los modelos de Europa occidental.⁶ El discurso ante las Cortes del 12 de febrero de 1974, en el que Arias daba luz verde a un limitado pluralismo el interior del régimen que debía concretarse en las anunciadas asociaciones, confirmó aparentemente la capacidad del régimen para evolucionar y democratizarse. Si bien a medida que avanza la primavera de 1974 los informes de la embajada alemana darán cuenta de la creciente “impaciencia y decepción” que estaba causando en muchos españoles el ritmo lento y titubeante con que Arias impulsaba la ansiada apertura, nada hacía presagiar un escenario diferente que la tranquila continuidad y paulatina liberalización del régimen, firmemente dirigida por su gobierno.⁷

A la luz de estas expectativas, el impacto del 25 de Abril portugués sobre el régimen español y el conjunto del país fue enorme.⁸ Si una dictadura considerada sólida como la portuguesa podía caer de la noche a la mañana, ¿no podría suceder algo parecido en España? Según los informes que la embajada alemana en Madrid envió a Bonn en las semanas posteriores a la Revolución de los Claveles, esta pregunta debía recibir una respuesta matizada. Apenas una semana tras la caída del salazarismo, una primera valoración concluía que en España el régimen político del 18 de Julio no estaba amenazado mientras Franco viviera. Incluso tras la desaparición física del dictador existían posibilidades de que su régimen le sobreviviera: la solidez del sistema permitía pensar en un franquismo sin Franco, en la visión de la diplomacia alemana. Tres eran los pilares en que descansaba esta aparente estabilidad: la situación de equilibrio entre las fuerzas de la coalición franquista, que se contrarrestaban mutuamente; la desorganización de la oposición democrática; y la prosperidad económica que atravesaba el país en pleno desarrollismo.⁹ Al mismo tiempo, faltaban en España dos elementos que habían sido determinantes en el caso Portugués: un conflicto colonial prolongado con participación de las Fuerzas Armadas —que tanto había alimentado el descontento y la desafección en el vecino luso-, y de sectores militares relevantes que se opusieran a la continuidad del régimen.¹⁰ Análisis posteriores desde la embajada alemana en Madrid incidían en descartar una *revolución de los claveles* a la española. Por una parte, un *efecto contagio* inmediato de Portugal sobre España parecía descartado a corto plazo. Las promesas de no injerencia realizadas desde ambos lados de la frontera hispano-lusa, y la vigencia del Pacto Ibérico parecían, en principio, garantías suficientes para dar por firme la estabilidad del conjunto de la Península Ibérica, a ojos de los diplomáticos alemanes. Por otra parte, el 25 de Abril habría tenido, según la embajada de la RFA en Madrid, el efecto de ahondar las diferencias en el interior del régimen español, distanciando al *ala dura* contraria a cualquier liberalización de los elementos moderados que deseaban acelerar la

⁶ La única amenaza creíble a la estabilidad que percibía la embajada alemana procedía no del exterior del régimen —de la oposición antifranquista, en suma— sino de su interior, y se cifraba en la posibilidad de que “las fuerzas políticas relevantes” que sustentaban el régimen entraran en confrontación mutua. La salida más probable para una crisis de este tipo parecía una dictadura militar de línea más dura que el régimen existente. Meyer-Lindenberg al AA, informe político 1973, 25 de enero de 1974, PAAA Zwischenarchiv 101440.

⁷ Meyer-Lohse, embajada de la RFA en Madrid, al AA, 3 de mayo de 1974, PAAA AV Zwischenarchiv 101439.

⁸ Para una valoración de cómo se vivió desde el interior de la dictadura española el 25 de Abril véase Tusell y García Queipo de Llano (2003, pp. 100-101).

⁹ Meyer Lohse, embajada RFA en Madrid, al AA, 2 de mayo de 1974, PAAA AV Zwischenarchiv 101439.

¹⁰ Strenzick, Auswärtiges Amt, a la embajada de la RFA en Belgrado, 20 de mayo de 1974, PAAA AV Zwischenarchiv 101439.

apertura. Que Arias apareciera como una figura de equilibrio entre ambos extremos, equidistante entre el *búnker* y los más progresistas, no hacía más que resaltar a ojos de la diplomacia alemana el hombre en quien confiar.¹¹

La escasa percepción de riesgo a corto plazo no significaba que la diplomacia alemana no fuera consciente de la necesidad de tomar el pulso a las fuerzas determinantes para el futuro del país. Entre ellas destacaba el Ejército, que constituía uno de los pilares más sólidos del régimen español. Los informes diplomáticos alemanes resaltaban a este respecto las diferencias con el caso de Portugal, donde los militares habían liquidado el salazarismo de la noche a la mañana: en España no existía un conflicto colonial como el que durante 13 años había experimentado el vecino luso y no se detectaban signos de desafección interna. Según las informaciones que manejaba el agregado militar alemán en Madrid, no existían en las Fuerzas Armadas españolas sectores que quisieran presentarse a la opinión pública con programas políticos ni había tendencias revolucionarias inspiradas en el ejemplo portugués.¹² Si bien los militares españoles no eran un cuerpo monolítico, las influencias ideológicas que calaban en una parte de la oficialidad no provenían de la extrema izquierda sino de la extrema derecha representada por figuras como Blas Piñar o el presidente de la Confederación Nacional de Excombatientes y abanderado del *búnker* José Antonio Girón de Velasco.¹³ El informe anual de la embajada alemana sobre 1974 concluía que el Ejército se abstendría de participar directamente en el juego político en caso de sucesión en la Jefatura del Estado y que las Fuerzas Armadas permanecerían fieles a don Juan Carlos en esa crítica coyuntura.¹⁴

La otra fuerza cuya auténtica capacidad convenía conocer era la oposición antifranquista y, dentro de ella, los comunistas, considerados como el grupo más numeroso, el mejor organizado y el más influyente a través de su labor en la clandestinidad y su infiltración en las Comisiones Obreras principalmente. No era sencillo conocer la auténtica fuerza y, sobre todo, la estrategia real del Partido Comunista de España (PCE), por más que su dirigente Santiago Carrillo alineara al partido en la órbita moderada de los *eurocomunistas*. La diplomacia alemana recelaría de las auténticas intenciones del PCE, y no dejaría de registrar el temor del gobierno de Madrid a que el ejemplo portugués tuviera el efecto de fortalecer a los comunistas españoles en el bloque de fuerzas de la oposición antifranquista.¹⁵ La posibilidad de que el PCE, igual que había hecho el PCP en Portugal, resultara el principal beneficiario de un hipotético colapso del régimen y lograra maniobrar hasta situarse como la fuerza hegemónica de la izquierda fue una preocupación constante para los responsables de la política exterior alemana,¹⁶ y constituía al mismo tiempo una posibilidad que el gobierno alemán trató de ayudar a evitar. Es este un dato que resulta fundamental para poder comprender adecuadamente la actitud de Bonn hacia la España del último franquismo y los años de transición a la democracia.

A partir de lo expuesto es posible realizar una primera recapitulación, señalando que a pesar de que el régimen de Caetano se había desfondado por un proceso de descomposición interno en el que no tuvo ninguna parte la presión internacional, Bonn extrajo del ejemplo portugués una lección fundamental para su aplicación a España: a fin de evitar un colapso similar de la dictadura de Franco y permitir que ésta evolucionara de forma *natural* dentro de un curso liberalizador controlado siempre desde arriba, los gobiernos occidentales debían evitar la formulación de exigencias exageradas de liberalización. Una presión internacional excesiva sobre la

¹¹ Meyer-Lohse, embajada RFA en Madrid, al AA, 24 de mayo de 1974, PAAA AV Neues Amt 12519.

¹² Informe del coronel Kuebart al Auswärtiges Amt sobre el papel del Ejército en la política española, 10 de enero de 1975, PAAA Zwischenarchiv 113506.

¹³ Meyer-Lohse al Auswärtiges Amt sobre la actitud del Ejército ante la política, 13 de enero de 1975, PAAA Zwischenarchiv 101258.

¹⁴ Informe político anual de la embajada de la RFA en Madrid, 29 de enero de 1975, PAAA Zwischenarchiv 101258.

¹⁵ Borrador del informe de Lilienfeld de 2 de octubre de 1974, PAAA AV Neues Amt 12519.

¹⁶ Informe de la embajada de la RFA en Madrid sobre posición y estrategia del PCE, 12 de agosto de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110257; informe de Lilienfeld sobre convergencias de partidos y grupos políticos, 2 de enero de 1975, PAAA AV Neues Amt 12504.

dictadura solo podía desencadenar sentimientos de agravio y rechazo hacia el exterior, que reforzaría a los sectores inmovilistas y ultranacionalistas del Ejército y restaría apoyo a los reformistas. A su vez, este tipo de escenario podía desembocar en una involución y en el posible colapso de la dictadura, produciendo un *segundo Portugal*. Este era el escenario que Bonn quería evitar a toda costa, ya que la estabilidad de la Península Ibérica, como la del conjunto de Europa, era una condición necesaria para el éxito de la política de distensión impulsada por W. Brandt y después por H. Schmidt, así como un requisito fundamental de la política hacia la Europa del Este –la *Ostpolitik*– impulsada por ambos cancilleres (Muñoz Sánchez, 2008). Lo más seguro, en suma, era confiar en la voluntad reformista del príncipe Juan Carlos, que haría de heredar la Jefatura de Estado de manos de Franco, y del presidente Arias y los sectores liberales del interior del régimen, mientras se cultivaban discretamente los contactos con la débil oposición moderada y se fomentaba la apertura de España a su entorno europeo occidental, con la esperanza de que ello tuviera un efecto estabilizador sobre la sociedad y la clase política y fomentara en ellos el sentido de pertenencia a Europa y Occidente.

Primeros preparativos para una España sin Franco

La orientación política general del gobierno alemán hacia España que se acaba de describir iba a tener un destacado impulsor en la figura de Georg von Lilienfeld, el embajador alemán que desde finales de junio de 1974 estaba al frente de la representación diplomática de la RFA en Madrid. Solo una semana después de que Lilienfeld hubiera presentado sus cartas credenciales al general Franco –lo que ocurrió el 27 de junio–, éste enfermaba gravemente. A los pocos días, el 9 de julio, era hospitalizado por una tromboflebitis. El 18 de julio su estado empeoró tanto que al día siguiente Arias y el presidente de las Cortes le convencieron para que entregara al príncipe Juan Carlos las funciones de Jefe del Estado con carácter interino. El final físico de Franco parecía tan probable, que el 22 de julio de 1974 el *Auswärtiges Amt* tenía ya listos los textos de los telegramas de condolencia para su futura viuda Carmen Polo, don Juan Carlos, Arias Navarro y Cortina Mauri y disponía de los primeros preparativos protocolarios para las exequias oficiales del dictador y la coronación del príncipe Juan Carlos, enviados por Lilienfeld desde Madrid.¹⁷ Sólo una semana más tarde se presentaba en París la Junta Democrática de España constituida por iniciativa del PCE, una evidencia de que la oposición antifranquista confluía para preparar el próximo fin de la dictadura. Entre tanto, el repentino colapso de la dictadura de los Coroneles en Grecia, consumado el 24 de julio, volvía a recordar la fragilidad que podía esconderse bajo un régimen militar y la posibilidad de su fin incontrolado.

Si una *salida portuguesa* no parecía el fin más probable para la dictadura de Franco, de los antecedentes luso y griego sí parecía posible extraer la lección de que convenía tomar posiciones y prepararse para el escenario para un futuro post-franquista. La nueva situación abierta con la enfermedad de Franco y la jefatura del Estado interina de don Juan Carlos abría la posibilidad de que la diplomacia alemana considerara prudente adoptar una actitud menos pasiva hacia España. Esta actitud no se construyó en un solo día. Todavía a finales de junio de 1974, en su encuentro con el presidente Nixon en Bruselas el día 26, Schmidt aseguraba con respecto a España que el gobierno alemán no podía más que limitarse a esperar acontecimientos. A diferencia del caso de Portugués, en el que la RFA trataba de influir para frenar la influencia comunista, no cabía una ayuda gubernamental a una evolución política en España, en tanto en cuanto este país “todavía no había hecho su revolución portuguesa” [sic]. Nixon replicó que “hacía mucho tiempo que se percibían signos de una evolución de este tipo” en España.¹⁸

Tan solo un mes más tarde, la actitud alemana –expresada por el ministro Genscher– se había modificado sustancialmente. La situación en la Península Ibérica fue uno de los temas que el ministro de Exteriores alemán, el liberal Hans-Dietrich Genscher, trató con el presidente de EE.UU. Richard Nixon en su encuentro en el rancho californiano de San Clemente el 26 de julio de

¹⁷ Telegramas de condolencia por la muerte de Franco, 22 de julio de 1974, PAAA Zwischenarchiv 110256.

¹⁸ Conversación del canciller Schmidt con el presidente Nixon en Bruselas, 26 de junio de 1974, AAP BRD, 1974, doc. 189.

1974. Ambos interlocutores coincidían en que la situación en la orilla norte del Mediterráneo se había vuelto muy delicada, con cuestiones sucesorias abiertas en Yugoslavia (donde la presidencia de Tito acababa de ser transformada en vitalicia por una nueva constitución) y en España. Genscher recordó las “incertidumbres” que rodeaban a la democratización portuguesa y a la fortaleza del Partido Comunista de Portugal (PCP) y, partiendo de la lección que significaba el precedente luso, afirmó que si Occidente quería “modelar más fácilmente una transición en la España post-Franco” debía tender la mano a los sucesores del general, las personas y grupos que, previsiblemente, protagonizarían el postfranquismo. Nixon se mostró de acuerdo con esta idea y expuso que EE.UU., la RFA, Francia y el Reino Unido debían cooperar “para llevar la evolución a buen término”. El presidente norteamericano señaló que la CEE podría realizar una tarea más eficaz en este sentido que la OTAN, donde eran mayores las reticencias hacia España.¹⁹

Si se trataba de establecer contactos con los sucesores de Franco, la persona clave era sin duda el príncipe Juan Carlos. La principal aportación que Bonn concebía acerca del sucesor era reforzar su figura en el exterior, visibilizar la confianza que el gobierno de la RFA depositaba en la capacidad de don Juan Carlos para conducir con mano firme la nave del Estado. Dotar al príncipe de la figura de un aura de respeto y confianza internacionales debía tener efectos positivos en el interior, y muy especialmente animar a Franco a entregarle, todavía en vida, completamente el poder. De esta forma se eliminarían las incertidumbres de una sucesión no ordenada en la Jefatura del Estado y resultaría reforzada la tendencia aperturista que encarnaban don Juan Carlos y Arias Navarro. Lógicamente, para el éxito de esta perspectiva era fundamental conocer las intenciones, los proyectos y los apoyos de don Juan Carlos para la *hora cero* del postfranquismo.

El sucesor de Franco no era un desconocido en Alemania, país que había visitado privadamente en varias ocasiones y donde había estado en septiembre de 1972 en viaje oficial. Esta visita había tenido el mismo objetivo que los viajes similares que don Juan Carlos había realizado a Francia en 1970, a EE.UU. en 1971, al Reino Unido y Japón el mismo año 1972: promocionar su imagen y buscar apoyos en el exterior, transmitiendo la idea de que su monarquía traería un régimen democrático en España, en lo que constituía la única salida aceptable en Europa y con visos de subsistir en perspectiva interior (Preston, 2003, pp. 293-305). Don Juan Carlos había seguido escrupulosamente con este guión en su entrevista con el presidente alemán Gustav Heinemann del 25 de septiembre de 1972 al afirmar que su intención era conducir a España hacia la democracia. Con el ministro de Exteriores Walter Scheel, el príncipe se había expresado más prudentemente si bien no dejó duda de su voluntad liberalizadora, subrayando que el proceso debía ser “lento y cuidadoso” y partir de la capacidad de evolución que, aseguró, poseía el régimen.²⁰

Las intenciones que en 1972 se planteaban para un horizonte indeterminado adquirirían una urgencia diferente en el nuevo contexto de los meses centrales de 1974. También la vaga promesa de la RFA de apoyar al príncipe debía concretarse en hechos palpables. El 31 de julio de 1974, Lilienfeld visitó con carácter privado al presidente de la RFA, el liberal Walter Scheel. Su objetivo era obtener de éste el compromiso de que, cuando llegara el momento, Scheel se trasladaría a Madrid para asistir a la entronización del príncipe Juan Carlos. El presidente se declaró “dispuesto a conceder al príncipe, al igual que a una España de orientación democrática, todo el apoyo que pudiera, dentro de los límites establecidos por su cargo”, pero dejó abiertos los detalles de la cuestión para cuando se planteara de forma más concreta.²¹ Lilienfeld transmitió a don Juan Carlos este mensaje quince días más tarde en Mallorca durante una jornada en la que el príncipe habló detalladamente con el embajador sobre el futuro político de España y sobre su propia posición como sucesor de Franco. Juan Carlos resaltó “lo importante que era en este momento para él el

¹⁹ Informe del embajador en Washington, von Staden, al AA, 26 de julio de 1974, AAP-BRD 1974 doc. 225.

²⁰ Informe del Auswärtiges Amt sobre el encuentro del presidente de la RFA Scheel con el príncipe Juan Carlos y el ministro español de Exteriores López Bravo el 25 de septiembre de 1972, y Nota del AA sobre visita de don Juan Carlos a la RFA de 9 de octubre de 1972, PAAA B 26 Bd. 454.

²¹ Literalmente, “zur Bekundung seiner Verbundenheit mit Spanien”, según el informe sobre la conversación de Scheel con Lilienfeld que elaboró el *Ministerialdirektor* Poengsen, de la *Bundespräsidialamt* (Oficina del Presidente Federal) de 1 de agosto de 1974, Ref. 203, Bd. 101444, citado en AAP-BRD 1974, doc. 237, p. 1031 n. 3.

apoyo lo más manifiesto posible por parte de sus amigos en Occidente”, en especial Alemania, cuya influencia psicológica en la opinión pública era mayor –aseguró– que la de ningún otro aliado, incluyendo los EE.UU. El príncipe aseguró estar pasando un momento “muy difícil” en su posición como Jefe de Estado interino y contó a Lilienfeld que había tratado de convencer a Franco de que le confiara la Jefatura del Estado con carácter definitivo, o bien que la volviera a asumir él mismo en breve: prolongar la situación de interinidad, con la identificación que eso conllevaba entre su figura y la de Franco, sólo podía perjudicarle y restringir su libertad de movimientos en el futuro. Respecto a sus intenciones una vez asumiera todo el poder y los apoyos con los que contaba, Juan Carlos afirmó contar con el respaldo de “la mayoría del gobierno, el Ejército, amplios círculos de las Cortes, los medios económicos, pero también los intelectuales e incluso los trabajadores (...). Incluso los grupos escindidos que se acababan de constituir hasta los comunistas habían buscado establecer comunicación con él y quizá incluso formarían parte –al menos al principio– de un gobierno concebido sobre una base mucho más amplia”. En su opinión, “el ejemplo de Portugal había actuado como advertencia tanto para la derecha como para la izquierda, y ambas querían evitar el peligro de una nueva guerra civil”. Por último Juan Carlos aseguró a Lilienfeld que cualquier signo por parte del gobierno de la RFA de que éste confiaba en la estabilidad de España y en la capacidad del príncipe de asumir la máxima responsabilidad ayudaría a Franco a tomar la decisión de entregarle el poder. Lilienfeld le hizo ver que Alemania y otros países occidentales preferirían que Franco no reasumiera sus funciones, lo que considerarían un “duro golpe para la democracia”; por el contrario, esperaban que el príncipe Juan Carlos pudiera ir asumiendo paulatinamente toda la responsabilidad. Por lo demás le transmitió que el gobierno alemán confiaba en la “paulatina liberalización” que perseguía el príncipe y que estaba dispuesto a apoyarla facilitando la integración de España en la CEE y en la OTAN.²²

El apoyo alemán a las aspiraciones españolas de aproximación a la Comunidades Europeas y la OTAN, que no estudiaremos aquí específicamente, era en efecto uno de los principales servicios que el gobierno de Bonn entendía estar realizando para reforzar a los sectores tendencias aperturistas del régimen. En el verano de 1974, tras la aprobación en el mes de julio por el Consejo de Ministros de la Comunidad del mandato negociador para un nuevo acuerdo comercial España-CEE que sustituyera al de 1970, el apoyo alemán resultaba fundamental. Ya en su encuentro del 27 de junio de 1974 Lilienfeld había recordado los esfuerzos de la RFA por aproximar España a Europa a un Franco quejoso porque los europeos, dijo, tenían a España “esperando a la puerta” y sin reconocer la contribución de España a la defensa occidental.²³ El 31 de agosto, el ministro de Exteriores Cortina Mauri aseguraba a Lilienfeld cuánto apreciaba el gobierno de Arias el apoyo de Bonn a la aproximación española a las Comunidades Europeas, tan necesaria para fortalecer las reformas interiores. Alemania era el único país, afirmó Cortina, que realmente respaldaba a los españoles en sus aspiraciones de acercarse a Europa, a diferencia de otros como Francia o Italia que temían la competencia de los productos agrícolas españoles, o los países del Benelux y los escandinavos que por motivos ideológicos estaban “contra España”. Que la RFA continuara enviando un mensaje de confianza en la estabilidad de España y que se evitara cualquier decepción de los españoles con “Europa” era fundamental, según Cortina, para que se pudiera producir un “traspaso ordenado de la responsabilidad” al príncipe Juan Carlos.²⁴

Hacia una política más activa en relación con España

Con la reasunción por Franco de los poderes de Jefe de Estado de 2 de septiembre de 1974 se escapaba la perspectiva inminente de una sucesión ordenada en el poder en España. A partir del otoño de ese mismo año la radicalización del proceso político en Portugal, donde la sustitución de Spínola por Costa Gomes abrió una etapa de creciente influencia del PCP sobre la calle y los

²² Lilienfeld al AA sobre su conversación con don Juan Carlos, 16 de agosto de 1974, AAP-BRD 1974 doc. 237.

²³ Lilienfeld al AA sobre su presentación de cartas credenciales a Franco, 27 de junio de 1974, PAAA Zwischenarchiv 110441.

²⁴ Lilienfeld al AA sobre su conversación con Cortina Mauri, 31 de agosto de 1974, PAAA Zwischenarchiv 101441.

sindicatos, centraría la atención internacional en aquel país. Al mismo tiempo, no obstante, se extendería el temor a un posible *contagio* de la inestabilidad lusa a una España sacudida por sus propias preocupaciones, centradas en el incremento de las tensiones nacionalistas, la conflictividad obrera y las acciones terroristas en el País Vasco. Un panorama cada vez más tenso en el que los sectores *ultras* del franquismo incrementaron su resistencia contra el vacilante aperturismo de Arias, a quien Lilienfeld presentaba en sus informes a Bonn como una figura enfrentada a las fuerzas reaccionarias, decidido a impulsar, con el apoyo del príncipe, la reforma del régimen y capaz incluso de obligar a Franco a aceptar una política más liberal.²⁵ Siguiendo los consejos de su embajador en Madrid, el gobierno alemán evitó presionar a España con exigencias de liberalización que, se argumentaba, serían percibidas como injerencias externas, resultarían perjudiciales para los proyectos de Arias y acabarían reforzando al *búnker*. Como recomendaba Lilienfeld, Bonn trató de contribuir a reforzar a Arias y el sector aperturista del régimen, del que se esperaba que realizara la tan ansiada liberalización paulatina y ordenada desde dentro del franquismo, pero sobre todo al príncipe, potenciando su perfil en el exterior.²⁶ Don Juan Carlos era consciente también de la conveniencia de forjarse una imagen internacional respetada que le confiriera autoridad en el interior, y trataba de utilizar las ocasiones que se le brindaban para darse a conocer en el exterior. En el otoño de 1974 aprovechó una invitación para asistir a una cacería en la RFA para pedirle a Lilienfeld que le consiguiera un encuentro no oficial con el presidente Scheel, una cita que el propio Juan Carlos se preocupó de que recibiera la adecuada cobertura informativa en la prensa madrileña.²⁷

Entre tanto, el apoyo alemán se mantuvo firme. Ni el golpe al reformismo que supuso la salida del gobierno de los ministros Pío Cabanillas (titular de Información y Turismo) y Barrera de Irimo (Hacienda), abanderados del aperturismo, en octubre de 1974, ni el decepcionante proyecto de Estatuto de asociaciones presentado por Arias en diciembre, ni el incremento de la presión ultraderechista del *búnker* y de la represión policial apartarían a la RFA de su apoyo al tándem Juan Carlos-Arias, única carta aparentemente segura en un panorama político cada vez más confuso y sembrado de tensiones.²⁸

En este contexto es interesante conocer cómo valoraba la diplomacia alemana la situación que atravesaba el área geopolítica en el que se insertaba la Península Ibérica. Un informe interno de Auswärtiges Amt para el ministro Genscher, fechado el 31 de octubre de 1974, sobre los riesgos en la orilla norte del Mediterráneo, nos permite aproximarnos a esta valoración. Según este informe, la inestabilidad económica y sociopolítica en esta compleja zona podía poner en peligro la política de distensión de la RFA, que necesitaba el mantenimiento de la seguridad como condición básica. Un desarrollo preocupante era el creciente rechazo a las alianzas occidentales —en particular la OTAN— en varios países de la zona. Otro elemento preocupante era la posibilidad de que en países como Portugal e Italia, y en el futuro tal vez España y Grecia, se plantease la cuestión de la participación en el gobierno de unos partidos comunistas cuyo compromiso con la democracia, la OTAN y Europa resultaba muy dudosa para el gobierno alemán. Ante esta situación el Auswärtiges Amt recomendaba la RFA debía hacer lo posible por aminorar las tensiones en la zona, reforzar en ella el sentido de pertenencia a Occidente, contribuir a la cohesión de las estructuras de seguridad y fomentar la estabilidad democrática, reforzando los lazos entre los países del Mediterráneo septentrional y la CEE. El informe proponía también medidas específicas dirigidas a la Península Ibérica. Respecto a España recomendaba, en términos muy genéricos, extremar el cuidado ante “una posible crisis sucesoria” y preparar el futuro manteniendo vínculos que continuaran siendo relevantes una vez desapareciera Franco. Las propuestas eran mucho más concretas para el caso de Portugal, donde el desplome de la dictadura había abierto el juego político y por tanto las posibilidades de influencia de la RFA. El informe establecía que la RFA debía intensificar la

²⁵ Informes de Lilienfeld al Auswärtiges Amt de 11 de septiembre de 1974 y 25 de octubre de 1974, PAAA Zwischenarchiv 101439.

²⁶ Informe de Lilienfeld al Auswärtiges Amt de 18 de septiembre de 1974, PAAA Zwischenarchiv 101439.

²⁷ Telegramas de la embajada alemana en Madrid de 23 y 30 de octubre de 1974 sobre la visita de don Juan Carlos a la RFA, PAAA Zwischenarchiv 101441.

²⁸ Auswärtiges Amt, informe sobre la situación en España, 9 de enero de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110257.

cooperación entre la CEE y este país, así como tratar de garantizar su permanencia en la OTAN – cuestionada por las fuerzas izquierdistas-, e incrementar los vínculos políticos con el país mediante múltiples canales que incluían los contactos oficiales de los gobiernos, la colaboración de los partidos y fundaciones políticas alemanas, la ayuda económica y al desarrollo, y la cooperación militar.²⁹

En consonancia con las ideas del *Auswärtiges Amt*, el embajador Lilienfeld apostó por mover a su gobierno a un mayor compromiso con la política, por él defendida, de apoyo explícito a los sectores liberales del régimen franquista. Una ocasión excelente para hacer propaganda de esta idea al más alto nivel la ofrecía la estancia de vacaciones del canciller Schmidt en Mallorca a comienzos de enero de 1975. Con esta idea, Lilienfeld se desplazó a la isla los días 3 y 4. Según se desprende del relato de sus conversaciones con el canciller, Schmidt se mostró reticente a explicitar un mayor respaldo de la RFA al gobierno español, pues temía que ello le atrajera críticas desde su propio partido, el SPD, y desde países como Inglaterra y Holanda. Lilienfeld trató de convencerle de que apoyar a España en foros como la CEE no equivalía a apoyar al régimen de Franco, sino que era una forma de reforzar a los reformistas que gobernarían el país en el futuro. El embajador ofreció incluso concertar un encuentro improvisado en Mallorca entre el canciller y el presidente Arias para el día 6 de enero, oferta que Schmidt declinó alegando falta de tiempo para preparar la cita, aunque no la descartó para un momento posterior.³⁰ Ese día 6, Lilienfeld envió a Schmidt una carta personal en la que sus argumentos: instaba a que la RFA diera un apoyo más visible a la aproximación de España a Europa, lo que tendría efectos psicológicos positivos sobre el país, reforzaría a los elementos liberales como Juan Carlos y Arias, prevendría la tendencia al aislamiento de España y redundaría en futuras ventajas para la RFA.³¹ Accediendo a las peticiones de Lilienfeld, Schmidt hizo llegar a Arias el día 7 un mensaje privado en el que subrayaba la importancia para toda Europa de “una España estable política y económicamente” y le deseaba éxito en sus esfuerzos por “permitir la participación de todos los estratos de la población en la vida política”, una fórmula muy genérica que evitaba el término democratización.³² Días después el diplomático Antonio de Oyarzábal, jefe de gabinete de Arias, transmitía a Lilienfeld el efecto positivo que había tenido este mensaje en el presidente del gobierno, quien se consideró respaldado por el canciller alemán para continuar su política de apertura paulatina “a pesar de la oposición de Franco y su entorno”. Según contó Oyarzábal a Lilienfeld, Arias confiaba en que las asociaciones políticas fueran el instrumento adecuado para que las fuerzas moderadas de España se organizaran y constituyeran un contrapeso a la extrema izquierda, de forma que se pudiera evitar una deriva izquierdista como la que estaba conociendo Portugal.³³

Si en enero de 1975, por tanto, no se daba por desahuciado el proyecto reformista de Arias por el que la RFA apostaba de forma tan clara,³⁴ en las semanas posteriores el régimen mostraría su incapacidad de evolucionar para garantizar una sucesión no traumática en el poder. Durante los primeros meses de 1975, Lilienfeld informaría puntualmente al *Auswärtiges Amt* sobre el constante deterioro de la situación política en España, donde el inmovilismo del búnker y la exacerbación de las tensiones y conflictos acabarían arrastrando al país a una dinámica de conflicto y represión en la calle. Entre enero y marzo, hechos como la renuncia de Fraga a crear una asociación política, la conflictividad obrera, el presumible ascenso del Partido Comunista y la actividad de las Comisiones Obreras, el incremento de la presión *ultra* sobre el gobierno, la dimisión del ministro de Trabajo Licinio de la Fuente y la escalada del terrorismo llevaban, según Lilienfeld, al país a una situación cada vez más lábil, caracterizada por la radicalización de los extremismos y el debilitamiento de la

²⁹ Informe del *Auswärtiges Amt* (departamento 203) para Genscher sobre la situación en el Mediterráneo y la política alemana y europea hacia la zona, 31 de octubre de 1974, PAAA Zwischenarchiv 101463.

³⁰ Lilienfeld a van Well, AA, 7 de enero de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110258.

³¹ Extracto de una carta de Lilienfeld a Schmidt, PAAA Zwischenarchiv 110258.

³² Carta de Schmidt a Arias que Lilienfeld entregó al jefe de gabinete de Arias el 7 de enero de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110257.

³³ Lilienfeld al AA, informe sobre la situación en España, 7 de enero de 1975, PAAA Zwischenarchiv 113506.

³⁴ Informe del *Auswärtiges Amt* (Ref. 203) para el secretario de Estado “España en transición”, 9 de enero de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110257.

posición de Arias y por tanto del príncipe. La consolidación en vida de Franco de un pluralismo político limitado y encauzado por el régimen, que excluyera a los comunistas, y que pudiera servir de base para una futura monarquía de Juan Carlos, parecía cada vez más improbable.³⁵ Ante este panorama Lilienfeld insistirá en la necesidad de que la RFA ejerciera una influencia moderadora apoyando a las fuerzas liberales y reformistas y mostrando que solamente el triunfo de las mismas podría construir una España democrática que fuera aceptada en la CEE y la OTAN.

Los llamamientos del embajador alemán adquirieron una importancia repentina a finales de marzo de 1975 debido a que paralelamente en Portugal el proceso revolucionario entró en una fase de radicalización izquierdista al fracasar el golpe de Estado del general Spínola el día 11, y ser éste sustituido por el presidente Costa Gomes. En medio del clima de preocupación por la Península Ibérica que se instauró en las capitales europeas en las semanas siguientes, el ministro de Asuntos Exteriores Genscher visitó España los días 3 y 4 de abril de 1975. El viaje de Genscher, previsto con anterioridad pero que, por la fuerza de los acontecimientos, se desarrolló a la sombra de lo que ocurría en Portugal, debía servir para dar aliento a las fuerzas “liberalizadoras” y moderadas en España. Tanto más, cuanto que el ministro alemán transmitió la idea de que su gobierno estaba dispuesto a ayudar al país en su camino a Europa -lo que incluía el apoyo a integrar a España en sus estructuras defensivas- y a ir adoptando medidas bilaterales para avanzar en esa dirección.³⁶

Precisamente porque la táctica de la RFA pasaba por desmarcarse de quienes, en España, representaban el pasado, y por tender la mano a los elementos democratizadores que pronto regirían –según se esperaba- los destinos del país, Lilienfeld no vio con buenos ojos que su superior se reuniera con Franco. Genscher utilizó su encuentro con el general para transmitirle que el ejemplo de Portugal mostraba cuán importante era crear en España las condiciones necesarias para una transición *ordenada* a una sociedad más abierta.³⁷ En su encuentro por separado con don Juan Carlos, Genscher habló de la preocupación del gobierno de Bonn por la parálisis en que había embarrancado el pretendido aperturismo español, por el inmovilismo de un régimen incapaz de evolucionar y por la incertidumbre sobre la eterna cuestión de la sucesión de Franco.³⁸ El ministro alemán subrayó la “cuidadosa preparación” que requería la evolución a formas democráticas, como mostraban “los acontecimientos más recientes en Lisboa”. Específicamente, Genscher se refirió a la necesidad de contar con partidos políticos y sindicatos democráticos que estuvieran preparados para desempeñar responsabilidades en la etapa de transición. Para el ministro liberal, era fundamental distinguir entre fuerzas democráticas y comunistas. Las últimas utilizarían la democracia únicamente como tapadera durante un periodo transitorio, antes de poder realizar sus fines subversivos. Sin embargo, no hay constancia de si Genscher expresó alguna recomendación sobre la posibilidad de legalizar el PCE en un futuro.³⁹ Las conversaciones de Genscher con Cortina Mauri abordaron los intereses económicos mutuos, la situación del proyecto Airbus en el que participaban ambos países, la posible introducción en España del sistema alemán PAL de televisión a color, y la situación de los emigrantes españoles en Alemania.⁴⁰ También tocaron cuestiones de política internacional –como el desarrollo de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE)- y de seguridad, en un momento en que España estaba en plenas negociaciones para la renovación de sus acuerdos defensivos con EE.UU. Fue Cortina el que se refirió a Portugal al subrayar la importancia estratégica de la Península Ibérica para la defensa de Europa Occidental y la contribución que España realizaba a la misma. A este respecto, afirmó el ministro español, los acontecimientos portugueses habían tenido al menos un efecto psicológico

³⁵ Informes de Lilienfeld al Auswärtiges Amt de 27 de enero, 12 de febrero, 21 de febrero, 1 de marzo, 6 de marzo, y 18 de marzo de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110257.

³⁶ Lilienfeld al Auswärtiges Amt, 28 de mayo de 1975, AAP-BRD 1975 doc. 136.

³⁷ Informe de la conversación entre Genscher y Franco el 3 o 4 de abril de 1975, PAAA AV Neues Amt 12513. La cursiva es nuestra.

³⁸ Lilienfeld a Genscher, 14 de abril de 1975, en Möller, Horst, Hildebrandt, Klaus y Schöllgen, Gregor (eds.), *AAP-BRD 1975*, München, Oldenbourg, 2006, doc. 78.

³⁹ Nota sobre la conversación entre Genscher y el príncipe Juan Carlos el 4 de abril de 1975, PAAA AV Neues Amt 12513.

⁴⁰ Nota del Auswärtiges Amt del 8 de abril de 1975, citada en AAP-BRD 1975 doc. 69 nota 2.

positivo, al abrir los ojos a algunas personas sobre estas “realidades”.⁴¹ Como había hecho Scheel en su visita a España en 1970 como ministro de Exteriores de la RFA, Genscher quiso aprovechar su visita para mantener un encuentro con representantes de la oposición al régimen, una forma de visibilizar el compromiso de la RFA con el futuro democrático del país. Cortina, que se mostró contrariado con la idea, accedió finalmente a que Genscher se reuniera tan solo con José M^a de Areilza, Francisco Fernández Ordóñez y Manuel Cantarero del Castillo, personalidades de un reformismo franquista que aceptaba el estrecho juego de las asociaciones políticas toleradas por el régimen, y cuya representatividad en el conjunto de la oposición democrática era muy escasa.⁴²

Hasta entonces las perspectivas alemanas de apoyar a las fuerzas políticas democráticas que pudieran protagonizar un futuro postfranquista, mediante las relaciones directas entre partidos y la acción de las fundaciones políticas alemanas, se habían mantenido en niveles muy modestos. El SPD y la Fundación Friedrich Ebert habían cultivado durante largos años contactos con los socialistas españoles, y también existían relaciones personales entre algunos políticos españoles - principalmente demócratacristianos- y la Unión Demócrata Cristiana (CDU) y la Unión Social Cristiana (CSU) bávara. Durante años, el gobierno alemán había fomentado este tipo de contactos personales mediante un programa de visitas que cada año permitía a un grupo escogido de personalidades de la vida pública española conocer *in situ* las instituciones de la RFA y relacionarse con políticos y profesionales alemanes. En abril de 1975 la radicalización en que había derivado el proceso revolucionario luso y el temor de que, como en Portugal, la ausencia de una fuerza de izquierda moderada en España dejara el campo libre a los comunistas tras la desaparición de Franco, decidieron a los socialdemócratas alemanes a volcar un apoyo político, organizativo y financiero masivo en el hasta entonces escasamente relevante PSOE de Felipe González (Muñoz Sánchez, 2012, pp. 183-195). Otros partidos y fundaciones políticas alemanas del ámbito demócratacristiano y liberal –como el CDU y la Fundación Adenauer, la CSU y la Fundación Hans Seidel y el FDP y la Fundación Friedrich Neumann-, comenzarían a implicarse en los meses siguientes, aunque a una escala y ritmo mucho menores, en la ayuda a personalidades y grupos hermanos del interior, preparando así el futuro escenario posterior a la muerte de Franco.⁴³ A partir del giro estratégico del SPD en relación con los socialistas españoles, la embajada alemana en Madrid tendría entre sus tareas más destacadas la intercesión ante el gobierno español para mitigar el rigor de la represión policia contra dirigentes socialistas como Felipe González y Enrique Múgica. (Muñoz Sánchez, 2012, 202-216).

La erosión del proyecto reformista y las perspectivas del verano de 1975

Pese al efecto positivo de la visita de Genscher, el refuerzo del sentido de pertenencia a Europa y Occidente que la diplomacia alemana consideraba fundamental fomentar en España sufrió algunos reveses a finales de mayo de 1975. Por una parte, Schmidt sumó su voz al coro de jefes de Estado y de gobierno que, en el Consejo de la OTAN reunido en Bruselas el 29 y 30 de aquel mes, se resistió a la pretensión del tándem Ford-Nixon de que la Alianza Atlántica estrechara lazos con Madrid.⁴⁴ Según Lilienfeld, había causado decepción y perplejidad en España la negativa de la OTAN a reconocer el papel de España en la defensa occidental, incluyendo la tibia posición de Schmidt, mientras la Alianza Atlántica mantenía en su seno a un Portugal cada vez más controlado por los comunistas: una vez más, los españoles se sentían abandonados por Europa.⁴⁵ La sensación de incomprensión se reforzó con las críticas que, por los mismos días, suscitaba en Alemania la presencia del inspector de las Fuerzas Armadas de la RFA, teniente general

⁴¹ Informe de Lilienfeld sobre la conversación de Genscher con Cortina el 4 de abril de 1975, AAP-BRD 1975 doc. 69.

⁴² Informe de Lilienfeld al AA, 2 de abril de 1975, PAAAA AV Neues Amt 12513.

⁴³ Informes del Auswärtiges Amt, 24 de julio de 1975, y 25 de octubre de 1975, sobre el espectro de fuerzas políticas en España y sus contactos con fuerzas alemanas, PAAA Zwischenarchiv 110257; informe del Auswärtiges Amt de 6 de noviembre de 1975 sobre el mismo asunto, PAAA Zwischenarchiv 110258.

⁴⁴ Telegrama del AA de 30 de mayo de 1975, PAAA Zwischenarchiv 113507.

⁴⁵ Lilienfeld al Auswärtiges Amt, 30 de mayo de 1975, PAAA Zwischenarchiv 113507.

Hildebrandt, en el Desfile de la Victoria que se había celebrado en Madrid el 25 de mayo para conmemorar el final de la guerra civil. Aunque el ministro de Defensa, que no había sido informado, se desmarcó de la decisión del general, el incidente llevó al gobierno alemán a tener que responder una interpelación en el Bundestag.⁴⁶ El caso puso de manifiesto que el gobierno alemán tendría que tener en cuenta los límites que marcaba una opinión pública que entendía poco de la distinción diplomática entre el apoyo a un pueblo y el respaldo a la dictadura que lo gobernaba.

A reconstruir el clima de mutua comprensión debía contribuir la visita oficial que realizó una personalidad tan destacada del campo aperturista en las filas del gobierno como el ministro de la Presidencia y mano derecha de Arias, Antonio Carro Martínez. En la conversación que mantuvo con Genscher el 24 de junio de 1975 en Bonn, este último reiteró la apuesta de la RFA por “una creciente aproximación de España a Europa, que debía estar acompañada de una apertura democrática del régimen”. Carro aseguró que esta era también el objetivo de su gobierno y que todos los políticos responsables en España coincidían en que, después de Franco, no había alternativa a la apertura política. El poder político, afirmó, “debía ser legalizado por el pueblo español en el marco de una monarquía constitucional”, pero los comunistas debían quedar excluidos de la apertura prevista. Genscher opuso que no se podía contener a los comunistas a largo plazo mediante prohibiciones, sino que era mejor dar a los partidos y sindicatos democráticos la posibilidad de desarrollarse libremente “como contrapeso”. Carro aseguró que esta era también la postura del gobierno, pero que todo el proceso requería tiempo.⁴⁷

Tres semanas más tarde, la embajada en Madrid enviaba al Auswärtiges Amt un catálogo de propuestas concretas que debían servir como directrices de la política de la RFA hacia España. El documento insistía en la necesidad de cooperar con los españoles con medidas prácticas, en tres ámbitos separados. En primer lugar, en el plano multilateral debía reforzarse el sentimiento de pertenencia a Europa de España fomentando formas de participación del país en la Cooperación Política Europea, a ser posible con el apoyo de Francia. En el nivel bilateral de las relaciones hispano-alemanas se proponía intensificar la cooperación económica y militar entre los dos países, así como incrementar los contactos e intercambios de visitas con miembros del gobierno español. Por último se subrayaba la conveniencia de una mayor cooperación entre partidos y fundaciones alemanas y partidos españoles, una labor que debía fomentarse urgentemente para así formar cuadros políticos con capacidad de asumir responsabilidades tras la desaparición de Franco. El documento incluía también medidas para su adopción inmediata por el gobierno alemán tras la muerte de Franco. Entre ellas destacaba la oferta de créditos financieros al gobierno español para contribuir a la estabilidad socioeconómica del país, amenazada por la crisis económica mundial. Esta oferta debía realizarse, señalaba el informe, sin esperar, como se había hecho erróneamente con Portugal, a que la CEE lograra ponerse de acuerdo en una acción común, para evitar que la rapidez de la ayuda se viera ralentizada por la toma de decisiones entre los Nueve.⁴⁸

Catálogos de medidas y propuestas de este tipo distaban de resultar un ejercicio especulativo. La exacerbación de las tensiones en el proceso revolucionario portugués durante el “verano caliente” de 1975, y la certeza de que el fin de Franco estaba muy cercano, incrementaron el interés alemán por evitar una *portugalización* de la política española. Afortunadamente, el calendario de entrevistas entre líderes internacionales previsto en la fase final de la CSCE en Helsinki iba a proporcionar la ocasión que Liliensfeld había buscado en vano a comienzos de año para un encuentro entre Arias y Schmidt que debía reforzar, se esperaba, el vacilante ánimo liberalizador del gobierno español. La entrevista entre ambos dirigentes se celebró el 30 de julio de 1975 y los temas de conversación fueron la situación en Portugal, la evolución política en España y la participación de este país en la defensa Occidental. Arias aseguró en este encuentro que el

⁴⁶ Diario de Sesiones del Bundestag, 7ª Legislatura, 176ª sesión, 5 de junio de 1975. Hildebrandt acudió al desfile aceptando la invitación de los militares españoles, aprovechando su presencia en España en el marco del intercambio regular de visitas entre representantes de las Fuerzas Armadas de ambos países.

⁴⁷ Nota sobre la conversación entre Genscher y Carro en Bonn el 24 de junio de 1975, PAAA Zwischenarchiv Bd. 110259.

⁴⁸ Knackstadt, embajada alemana en Madrid, propuestas para la política de la RFA hacia España. PAAA ZA 110258.

precedente portugués mostraba cuán importante era mantener el control sobre la evolución de España, evitando desarrollos precipitados y radicales bajo el signo de la violencia o de ideologías extranjeras, y permitiendo un “camino ordenado a una amplia evolución” en la que cabrían todas las fuerzas e ideologías que actuaran dentro de la ley y rechazaran la violencia, lo que descartaba al Partido Comunista, el único –afirmó falazmente– prohibido en España. El presidente del gobierno español detalló también el estado en que se encontraban las negociaciones con Estados Unidos para la renovación de los acuerdos de defensa y, tras quejarse porque Occidente no reconociera la aportación española a su seguridad, pidió apoyo a Schmidt para que España fuera aceptada en los foros internacionales correspondientes, una alusión transparente a la OTAN. Schmidt se escudó en las opiniones públicas de algunos países, incluida la RFA, para justificar que no pudieran hacerse mayores avances en la aproximación de España a la OTAN y la CEE. El canciller se interesó por el ritmo y los progresos de la evolución impulsada por el gobierno –una materia en la que Arias evitó profundizar– y sobre todo por las trabas que recientemente se estaba encontrando el PSOE para desarrollar sus actividades en el interior de España. Al final del encuentro, el canciller aseguró que la evolución “paso a paso” le parecía la fórmula correcta y la que sería más exitosa para España y garantizó a Arias el apoyo alemán a esta evolución, que llevaría a España a desempeñar un papel adecuado en la defensa común y en las Comunidades Europeas.⁴⁹ Las entrevistas y las palabras de Schmidt podían interpretarse en conjunto como un espaldarazo a la gestión de Arias, y de hecho don Juan Carlos expresaría días más tarde a Lilienfeld su satisfacción y agradecimiento por el contenido de esta conversación y por el apoyo explícito del canciller a las aspiraciones europeístas de España que reforzaba, según afirmó, la posición del propio Juan Carlos en el interior. Para el embajador alemán, estas palabras del príncipe eran la confirmación de que la política de gestos positivos que él defendía era la más adecuada para operar induciendo en el régimen el tipo de evolución que más convenía a la RFA.⁵⁰

Esta política resultaba coherente además con los análisis y propuestas que, por aquellos días, elaboraba la diplomacia alemana en relación con la Península Ibérica. Un informe del Auswärtiges Amt del 16 de septiembre de 1975 advertía de un preocupante avance del comunismo en el espacio mediterráneo –especialmente en Portugal, España e Italia– y proponía catálogos de contramedidas diferenciadas para cada país. El informe atribuía al PCE de Santiago Carrillo –que consideraba como la fuerza política mejor organizada de la oposición– un potencial 15% de votos en caso de celebrarse elecciones libres en España. Dados los quebraderos de cabeza que la destacada participación de los comunistas lusos en el proceso revolucionario portugués había ocasionado a los gobiernos occidentales, apenas extrañará que el Auswärtiges Amt recomendara la adopción de medidas encaminadas expresamente a evitar que la ventaja organizativa del PCE sobre las demás formaciones democráticas llegara a consolidarse. El gobierno alemán, aseguraba el informe, contaba con la intención de las autoridades españolas de abrir paulatinamente el sistema político, pero manteniendo al PCE en la ilegalidad. Bonn no debía oponerse a esta prohibición temporal del PCE, bien al contrario, debía animar al gobierno español a superar primero, con una *apertura limitada*, los enfrentamientos heredados de la guerra civil *como condición previa* para permitir posteriormente todos los partidos políticos. Se evitaría así un escenario como el portugués donde, por la dinámica que habían seguido los acontecimientos desde el 25 de Abril, parecía inevitable admitir la presencia del PCP en los gobiernos durante la fase de transición, pero donde el Auswärtiges Amt recomendaba influir sobre Mario Soares, a través de los socialdemócratas alemanes, para que prescindiera a medio y largo plazo de los comunistas. En España el ostracismo temporal del PCE debía acompañarse, siempre según el Auswärtiges Amt, del apoyo material y moral a los grupos reformistas del franquismo con mayores posibilidades de organizarse en asociaciones o formaciones políticas sólidas, y de una acción moderadora de los partidos democráticos alemanes sobre sus correligionarios de la oposición antifranquista, para que no extremaran sus exigencias cuando se produjera la desaparición política de Franco. “El intento de revertir a posteriori el resultado de la guerra civil, o una exigencia de libertad inmediata y total, podría llevar a una ‘evolución a la portuguesa’”, que era lo que se trataba de evitar a toda costa. Al

⁴⁹ Nota sobre la conversación entre Schmidt, Arias Navarro y Cortina Mauri el 30 de julio de 1975 en Helsinki, AAP BRD, 1975 doc. 242.

⁵⁰ Lilienfeld al Auswärtiges Amt, 4 de agosto de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110258.

mismo tiempo se recomendaba influir sobre los medios de comunicación alemanes para que, resaltando el *ejemplo disuasorio* de Portugal, recomendaran salidas evolutivas y moderadas a la dictadura española. En el ámbito de las relaciones oficiales entre gobiernos, el informe reiteraba las propuestas ya conocidas de incremento de los contactos y visitas oficiales bilaterales, y mantenimiento de una interlocución privilegiada con Arias y el príncipe. Además debían cuidarse los contactos con los ejércitos españoles “para contrarrestar una portugalización [sic] de las Fuerzas Armadas” de este país.⁵¹

Las ejecuciones de septiembre de 1975: un punto y seguido

Anticipándose a las recomendaciones de su propio ministerio, Lilienfeld había reiterado durante el verano de 1975 las llamadas a mantener un apoyo comprensivo y prudente a Arias y los círculos “liberales” que gravitaban en torno a él y al príncipe, en un escenario cada vez más tenso y cercano a la crisis final.⁵² Sin embargo, la deriva represiva de la dictadura acabaría desafiando a corto plazo incluso la firme voluntad alemana de mitigar la presión sobre la dictadura. La legislación antiterrorista de 26 de agosto de 1975 y los cuatro procesos contra miembros de ETA y el FRAP durante el mes siguiente, que desembocaron en once condenas a muerte, levantaron una ola de indignación internacional a la que Bonn no permaneció insensible. Numerosos gobiernos, entre ellos el alemán, pidieron clemencia al régimen español. El 8 de septiembre Genscher recibió al embajador español en Bonn, Garrigues y Díaz-Cañabate, a quien encargó que transmitiera a Madrid la petición alemana de conmutación de las condenas a muerte dictadas recientemente.⁵³ El día 13 Lilienfeld entregó en la capital española al subsecretario de Exteriores, Rovira, una petición personal de clemencia del presidente Scheel para el general Franco. En ella el presidente alemán apelaba a motivos humanitarios, pero también al serio revés que, en caso de ejecutarse las condenas, sufrirían tanto relaciones hispano-alemanas como los esfuerzos de la RFA y del propio gobierno español por el estrechamiento de relaciones entre España y la CEE.⁵⁴

La ejecución de cinco de las once penas de muerte dictadas, el 27 de septiembre de 1975, llevó a los miembros de la CEE (con la excepción de Irlanda) a llamar a consultas a sus embajadores, una forma de protesta suave que evitaba la ruptura frontal con la dictadura. Lilienfeld partió para Bonn el mismo día 27. La Marina alemana también ejerció una protesta simbólica, cancelando las visitas previstas de sus buques a puertos españoles. El día 30, el Auswärtiges Amt adoptaba un documento interno para la reevaluación de las relaciones con España. En él se señalaba que, a pesar de la frialdad en que coyunturalmente se encontraban las relaciones mutuas, las líneas básicas de la política de Bonn hacia este país continuaban siendo válidas, porque también persistían eran las realidades en que se asentaban: España era una parte importante de Europa, su valor geoestratégico para la defensa occidental era “de primer rango” y la RFA tenía importantes intereses financieros, comerciales y de cooperación tecnológica con el país. Lo que la RFA se veía obligada a modificar eran sus métodos, para evitar que el apoyo a España se confundiera con una justificación de su régimen. Bonn quería evitar a toda costa, por lo demás, aislar al pueblo español con medidas extremas de condena, boicot o ruptura de relaciones que polarizarían la situación interna y reforzarían a las fuerzas radicales de uno u otro signo.

Partiendo de esta diferenciación entre el país y su régimen político, el Auswärtiges Amt proponía en el plano internacional cancelar temporalmente cualquier esfuerzo por aproximar a España a las Comunidades Europeas y la OTAN mientras el régimen mantuviera una línea dura. Específicamente se recomendaba aplazar las negociaciones del nuevo acuerdo preferencial, y pedir al gobierno de EE.UU. que aplazara la firma de los nuevos acuerdos defensivos con España unos meses. Otras medidas posibles, del tipo de un boicot económico o la condena política en foros

⁵¹ Informe del Auswärtiges Amt sobre la defensa contra el avance comunista en el Mediterráneo, 16 de septiembre de 1975, AAP-BRD 1975 doc. 272.

⁵² Lilienfeld al AA, 21 de agosto de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110257.

⁵³ Munz, Auswärtiges Amt, a la Embajada en Madrid, 8 de septiembre de 1975, PAAA Zwischenarchiv Bd. 110257.

⁵⁴ El texto se cita completo en AAP-BRD 1975 doc. 283 nota 4.

como la Asamblea General de Naciones Unidas, se descartaban en cambio porque se consideraba que su efecto sería contraproducente para el fin perseguido de hacer regresar a Madrid a una senda de moderación. En el plano bilateral se proponía un enfriamiento de relaciones con el gobierno de España en todos los niveles, cancelando los contactos más visibles para la opinión pública como las visitas y consultas bilaterales de alto nivel. Al mismo tiempo, se proponían medidas para tratar de ejercer un efecto liberalizador sobre el régimen, como continuar los contactos con grupos y personalidades liberales de dentro y fuera del régimen, con el príncipe y la oposición ilegal, en especial por medio de las fundaciones políticas; y prolongar discretamente la cooperación económica, técnica y científica, así como cultivar la comunicación con los oficiales más jóvenes del Ejército.⁵⁵

Dos días después de formularse estas propuestas, que pueden tildarse de moderadas, el embajador Lilienfeld hacía suyos los argumentos que le había expuesto el embajador español en Bonn, el liberal Emilio Garrigues, para pedir en un dramático escrito a Genscher su reincorporación a su puesto en Madrid. Según contó Garrigues a Lilienfeld, las presiones y boicots exteriores no harían más que fortalecer la posición de Franco -como habían demostrado las multitudinarias manifestaciones de la víspera-, contribuirían a endurecer la línea represiva del gobierno y alimentarían posiblemente una deriva violenta en el interior. Para evitar este escenario, los Nueve debían enviar de nuevo a Madrid a sus embajadores. También Felipe González había pedido que los gobiernos de la CEE moderaran su presión sobre el régimen y dispusieran el regreso de los embajadores a Madrid, al objeto de evitar que el cerco al gobierno español se tradujera en dificultades adicionales para la oposición democrática. Lilienfeld auguró a Genscher una salida revolucionaria y violenta de la dictadura, seguida de un más que probable deslizamiento de España hacia el comunismo si la RFA no restablecía rápidamente la normalidad en sus relaciones con España.⁵⁶ Cinco días más tarde, el 7 de octubre, el embajador se reincorporaba a su puesto en Madrid, siendo el primero en hacerlo de entre los miembros de la CEE.

Lilienfeld viajó a Madrid con sendas cartas de Scheel y Schmidt para que Lilienfeld las hiciera llegar a Franco y Arias respectivamente. En su mensaje a Franco, el presidente alemán lamentaba la brecha que se había abierto en los últimos días entre “España y algunos países de Europa occidental” y apelaba al dictador para que, en caso de futuras condenas a muertes por motivos políticos hiciera uso del indulto, a fin de evitar acentuar una previsible escalada de violencia que solo podía resultar perjudicial para los intereses comunes de los pueblos españoles y europeos. En la primera versión del telegrama que se hizo llegar a la embajada en Madrid, Scheel añadía que la experiencia de Portugal había enseñado “lo imprevisiblemente que se podían desarrollar los acontecimientos cuando se excitaban las pasiones humanas y lo fácilmente que podía perderse el control” de la situación. También había mostrado el ejemplo de Portugal la importancia de “comenzar cuanto antes con la creación de instituciones democráticas, para que en el momento decisivo no solamente los comunistas” contaran con organizaciones fuertes para operar en el juego político”. Estas referencias a Portugal fueron eliminadas de la versión definitiva que se entregó a Franco.⁵⁷

El día 10, Arias recibía a Lilienfeld en un encuentro de una hora de duración en la que el diplomático Antonio de Oyarzábal actuó como intérprete. Lilienfeld entregó a Arias la carta de Schmidt, en la que el canciller evocaba el reciente encuentro entre ambos en Helsinki, que había servido para constatar, afirmaba, la coincidencia de sus visiones sobre el futuro lugar de España en Europa. Partiendo de esta base común, Schmidt recomendaba al gobierno español moderación en su respuesta a los ataques al orden público, para evitar de esta forma alimentar una espiral de

⁵⁵ Auswärtiges Amt, propuestas para la revisión de las relaciones RFA-España, 30 de septiembre de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110258.

⁵⁶ Lilienfeld a Genscher, 2 de octubre de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110257.

⁵⁷ Mensaje de Scheel a Franco, transmitido por telegramas núm. 248 y 249 de Strenziok, Auswärtiges Amt, de 7 de octubre de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110258. Lilienfeld entregó la carta a Cortina el 9 de octubre para que se la hiciera llegar a Franco, al comunicársele que éste por norma no recibía a los embajadores extranjeros extranjeros excepto en las ocasiones protocolarias de la entrega de credenciales y la despedida del puesto. Lilienfeld al Auswärtiges Amt, 10 de octubre de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110258.

violencia y añadir nuevas cargas en las relaciones entre España y Europa.⁵⁸ Cuando Arias hubo leído la carta, el embajador alemán subrayó que la RFA no pretendía inmiscuirse en los asuntos internos de España, pero afirmó que la vehemente reacción de la opinión pública alemana había obligado a su gobierno a revisar su actitud hacia España. A Bonn le preocupaba sobre todo que una escalada violenta llevara al país a una situación similar a la de una guerra civil. Ante esta exposición, Arias se quejó de la incompreensión de “Europa” y afirmó que el país no temía incurrir en el aislamiento al que le sometieran los restantes gobiernos del continente por adoptar las medidas que consideraba más adecuadas en la lucha contra la amenaza terrorista. Arias reconoció que la situación suponía “un duro revés” para sus planes de apertura política, pero afirmó el derecho y la determinación de su gobierno de defenderse contra el terrorismo. Respecto a la RFA, se mostró agradecido por los esfuerzos de su gobierno por ayudar a España ante las instituciones europeas y por la moderación de las protestas en el país.⁵⁹ La respuesta escrita que Arias envió a Schmidt por medio de la embajada alemana diez días más tarde era mucho más dura: atribuía “las campañas contra España que se habían desencadenado en determinados países” a una mezcla de “mala voluntad” y “una defectuosa información” y afirmaba que podían llevar a los terroristas a pensar que contaban con “una forma de comprensión y aun de aliento moral a sus actividades delictivas” en el extranjero. Arias minusvaloraba la indignación del gobierno alemán y confiaba en la vuelta a las tradicionales relaciones de amistad entre los dos países, sin que “falsos problemas y campañas malintencionadas” pudieran perturbarlas en el futuro.⁶⁰ El lenguaje de Arias, del que había desaparecido la moderación, era ahora el propio de un régimen en estado terminal que se sentía amenazado por una conjura exterior aliada a la desintegración interna.

Precisamente porque el fin de Franco estaba tan próximo resultaba vital para la diplomacia alemana cultivar la comunicación con don Juan Carlos y conocer el estado de sus intenciones para cuando llegara el momento de la sucesión. El 22 de octubre de 1975, mientras algunos medios daban por cierta la noticia del fallecimiento de Franco, don Juan Carlos comentó a Lilienfeld sus planes inmediatos que incluían, afirmó, la formación de un gobierno de amplia base con participación de los socialistas y un programa democratizador presentable en Europa. A diferencia de lo que había ocurrido en Portugal, el Ejército español era, aseguró, apolítico y no cabía esperar movimientos revolucionarios en su interior. El príncipe se mostró convencido de que los militares apoyarían las reformas, sobre todo si lograba integrar en la responsabilidad del momento a sus elementos más jóvenes.⁶¹ Esta valoración coincidía en parte con el diagnóstico que por entonces elaboraron los servicios de inteligencia de la RFA, que señalaban que el Ejército era fiel al régimen y que cabía descartar “una ruptura democrática surgida del mismo” porque eso requeriría su politización previa, inexistente hasta el momento. Incluso el espectro de una guerra colonial, que en el caso portugués había sido determinante para la politización del Ejército, quedaría descartado poco después con el abandono por España del Sáhara Occidental, sellada por los acuerdos tripartitos de Madrid de 14 de noviembre de 1975. Ni dentro del Ejército, pese a la aparición de la Unión Militar Democrática, ni fuera de él identificaba el informe fuerza política alguna que tuviera fuerza suficiente para desafiar la continuidad del régimen establecido por Franco.⁶²

Contando con esta información, Lilienfeld enviaba al Auswärtiges Amt el 4 de noviembre de 1975 un completo plan con iniciativas que la RFA podría adoptar para apoyar la política de apertura democrática que cabía esperar del futuro gobierno que se formara en España bajo el reinado de Juan Carlos. El plan incluía un completo catálogo de medidas para el estrechamiento de las relaciones políticas bilaterales entre España y Alemania, el fomento de las instituciones de la sociedad civil –incluyendo una activa participación de los partidos políticos, fundaciones y

⁵⁸ Schmidt a Arias, transmitido por Strenziok, Auswärtiges Amt, de 7 de octubre de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110258.

⁵⁹ Lilienfeld al Auswärtiges Amt, 13 de octubre de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110258 (reproducido en AAP-BRD 1975 doc. 302).

⁶⁰ Arias a Schmidt, 20 de octubre de 1975, transmitido por Lilienfeld al Auswärtiges Amt, PAAA Zwischenarchiv 110258.

⁶¹ Lilienfeld al AA sobre su conversación con don Juan Carlos, 23 de octubre de 1975, AAP BRD doc. 316.

⁶² Bundesnachrichtendienst (Servicio Federal de Inteligencia), informe sobre la situación general en España, 3 de noviembre de 1975, PAAA Zwischenarchiv 113506.

sindicatos alemanes en España-, la cooperación militar, económica, cultural, jurídica y consular, y la colaboración en el campo de la prensa y la opinión pública.⁶³ Poco más cabía que esperar la próxima muerte de Franco, para comprobar si el gobierno alemán tendría la voluntad y la capacidad de poner en marcha las iniciativas propuestas por Lilienfeld.

Final

El 20 de noviembre de 1975 se producía la esperada muerte del general Franco. Como harían otros gobiernos, el alemán se sirvió del simbolismo protocolario para expresar su apuesta por las esperanzas de apertura que representaba Juan Carlos enviando a las ceremonias fúnebres en honor de Franco a un representante de bajo perfil, el ministro de Alimentación, Agricultura y Bosques Josef Ertl. En cambio, Bonn arropó al monarca en la misa de coronación del 27 de noviembre con la presencia del presidente de la República, Walter Scheel, por la que Lilienfeld había trabajado desde sus primeros tiempos como embajador en Madrid, año y medio atrás. Junto con la de otros jefes de Estado y gobierno democráticos, como el presidente francés Valéry Giscard d'Estaing, y personalidades como Willy Brandt, la asistencia de Scheel debía subrayar la apuesta por don Juan Carlos en la ardua tarea de hacer evolucionar las estructuras políticas heredadas del franquismo hacia un horizonte democrático.

Este era el camino que parecía indicar el sucesor de Franco en su muy medido discurso ante las Cortes Generales del día 22 de noviembre, en el que al jurar como Rey de España anunció el inicio de “una nueva etapa” en la historia del país y convocó a los españoles a entender “con generosidad y altura de miras que nuestro futuro se basará en un efectivo consenso de concordia nacional”. Al canciller Schmidt le bastó conocer estas palabras para escribir personalmente unas indicaciones para el ministro Genscher: “Tenemos que apoyar estas tendencias de Juan Carlos. No debemos en ningún caso presionar, pues esto podría desencadenar movimientos como en Portugal, pero tampoco debemos dudar de nuestras firmes expectativas de que en España se va hacia un Estado democrático de derecho y a una sociedad abierta”.⁶⁴

Estas palabras constituían la expresión de una línea de continuidad que la diplomacia alemana había mantenido durante toda la fase final del franquismo en relación con España. Como se ha tratado de mostrar en estas páginas, el gobierno de la RFA mantuvo hacia el régimen español durante sus dos años finales una política dialogante que trataba de reforzar las tendencias liberalizadoras existentes en el interior de la dictadura, con la esperanza de que estas fuerzas lograran garantizar una transformación controlada y paulatina del franquismo en un tipo de régimen democrático homologable en Europa Occidental. Esta política conllevaba una renuncia más o menos clara a ejercer sobre el gobierno español una presión directa y a hacer depender la colaboración bilateral del ritmo y efectividad de las intenciones aperturistas del gobierno. Más que de prodigar amonestaciones y gestos de condena que –se pensaba– solo servirían para aislar a la dictadura y dar alas a las fuerzas extremistas de ambos lados, lo que tendría efectos desestabilizadores difíciles de controlar y llevaría al país a una situación similar a la de Portugal, se trataba de apostar por los incentivos, de multiplicar los contactos mutuos y de ayudar a los representantes de un franquismo moderado y evolutivo a mantener el control de la situación. En esta estrategia desempeñaban un lugar central el príncipe Juan Carlos, así como el presidente Arias, a quien la diplomacia alemana identificó durante la mayor parte del periodo como una figura clave para el triunfo de las tesis reformistas y democratizadoras. La embajada alemana en Madrid, y concretamente el embajador Georg von Lilienfeld, así lo entendieron y lo trataron de transmitir a los responsables de la política exterior alemana en el *Auswärtiges Amt* y en el gobierno federal, contribuyendo en no pequeña medida a la conformación de una política de hacia España de la que la RFA esperaba extraer los mayores beneficios en la nueva etapa que se inauguraba bajo el reinado de Juan Carlos I.

⁶³ Lilienfeld al AA, iniciativas para apoyar a un futuro gobierno español, 4 de noviembre de 1975, PAAA Zwischenarchiv 110258.

⁶⁴ Schmidt (1996, p), citado en Sartorius y Sabio (2007, p. 641-642).

Referencias bibliográficas

- BRANDT, Willy, *Memorias*, Madrid, Temas de Hoy, 1990.
- FONSECA, Ana Mónica, “The Federal Republic of Germany and the Portuguese Transition to Democracy (1974-1976)”, *Journal of European Integration History*, 15, 1 (2009), pp. 35-56.
- GUIRAO, Fernando, “The European Community’s Role in Promoting Democracy in Franco’s Spain, 1970-1975”, en: van der Harst, Jan (ed.), *Beyond the Customs Union: the European Community Quest for Deepening, Widening and Completion, 1969-1975*, Bruxelles, Bruylant, 2007, pp. 163-193.
- JIMÉNEZ, Juan Carlos, *España y Portugal en transición. Los caminos a la democracia en la Península Ibérica*, Madrid, Sílex, 2009.
- LEMUS LÓPEZ, Encarnación, *En Hamelín... La Transición española más allá de la frontera*, Oviedo, Septem, 2001.
- LEMUS LÓPEZ, Encarnación, “Las posiciones francesas ante la desaparición de Franco y el establecimiento de la monarquía”, *Historia del Presente*, 6 (2005), pp. 61-84.
- LEMUS, Encarnación, *Estados Unidos y la Transición española. Entre la Revolución de los Claveles y la Marcha Verde*, Madrid, Sílex, 2011.
- LEMUS, Encarnación, ROSAS, Fernando y VARELA, Raquel (coords.), *El fin de las dictaduras ibéricas (1974-1978)*, Sevilla/Paço de Arcos, Fundación Centro de Estudios Andaluces/Edições Pluma, 2010.
- MARTÍN GARCÍA, Óscar José y ORTIZ HERAS, Manuel (coords.), *Claves internacionales en la Transición española*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2010.
- MUÑOZ SÁNCHEZ, Antonio, “Cambio mediante acercamiento. La socialdemocracia alemana y el régimen de Franco, 1962-1975”, en Elvert, Jürgen y Schirmann, Sylvain (eds.), *Tiempos de cambio. Alemania en la Europa del siglo XX: continuidad, evolución y ruptura*, Bruselas, Peter Lang, 2008, pp. 119-140.
- MUÑOZ SÁNCHEZ, Antonio, *El amigo alemán. El SPD y el PSOE de la dictadura a la democracia*, Madrid, RBA, 2012.
- POWELL, Charles, *El amigo americano. España y Estados Unidos de la dictadura a la democracia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.
- PRESTON, Paul, *Juan Carlos. El rey de un pueblo*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003.
- SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep, *La revolución portuguesa y su influencia en la transición española (1961-1976)*, Madrid, 1995.
- SANZ DÍAZ, Carlos, *España y la República Federal de Alemania (1949-1966). Política, economía y emigración, entre la Guerra Fría y la Distensión*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2005.
- SARTORIUS, Nicolás y SABIO, Alberto, *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España. Noviembre de 1975-Junio de 1977*, Madrid, Temas de Hoy, 2007.
- SCHMIDT, Helmut, *Weggeföhrt, Erinnerungen und Reflexionen*, Berlin, Siedler, 1996.
- TUSELL, Javier y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva, *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la Transición (1973-1976)*, Barcelona, Crítica, 2003.